ESPECIAL OUTDOOR

fuera de serie

MARZO 2026

PVP: 4,95 EUROS
(GRATIS CON EXPANSIÓN
EL SÁBADO 14 Y EL DOMINGO 15
DE MARZO DE 2026)

UN HOMBRE RENACENTISTA

IGNACIO GOITIA

UN ARTISTA TOTAL

Nos adentramos en el universo onírico que despliega en su nueva tienda en Madrid el poliédrico creador vasco **IGNACIO GOITIA.** Entre "dantzaris" imaginarios y jirafas gigantes este polímata reflexiona: "Al final, lo que queda de las civilizaciones es el arte". Por **JAIME LÁZARO**

Fotografía de **LETICIA DÍAZ DE LA MORENA**

Más de tres décadas lleva Ignacio Goitia construyendo su universo propio. Pintor, ilustrador, editor de libros, decorador, escenógrafo, diseñador de textiles y papeles... ahora investiga el mundo de las alfombras. Ha expuesto en París, Roma, Miami, Nueva York; ha pintado frescos en un castillo del Loira y comisariado muestras. Hoy, este artista total, polímata contemporáneo, despliega esa personal cosmogonía en el madrileño Barrio de las Salesas.

Las paredes, los techos y hasta los suelos. Cruzar la puerta de la tienda que Goitia (Bilbao, 1968) acaba de inaugurar es entrar en uno de sus cuadros, adentrarse en otro mundo. Literalmente. El espacio desdibuja teatralmente la frontera entre obra y espectador, creando una experiencia inmersiva, casi onírica, en la que el cliente se cruza con *dantzaris* o jirafas de tamaño real que pasean entre pañuelos de seda, diseñados por este hombre del Renacimiento, un artista total que vuelca su creatividad en lienzos, decoración o edición de libros. "Estoy encantado con el espacio, me fascina el barrio y la vida que tiene; pero, también me gusta que pese a estar en plena Plaza de las Salesas, estoy en una esquina por la que no pasa nadie, casi escondido, que también le da cierto encanto", señala el pintor y creador de toda la escenografía de la tienda. "Viene gente de todo tipo. De todas las edades, de todas las ideas políticas y de todos los gustos. Y eso me encanta", resalta. Clientes que van desde miembros de familias reales a gente más bohemia.

ARTISTA PRECOZ. Una atmósfera barroca que recuerda a los salones de un palacio imaginado, donde el juego de trampantojos y arquitecturas fingidas, van dando forma a una enfilada de espacios que parecen prolongarse en una perspectiva infinita, que contiene todo el universo del pintor plasmado en objetos cotidianos: vajillas, pañuelos, almohadones o bolsos de seda, fulares de *cashmere*, gemelos de bronce o pantallas de lámparas. Y cómo no, la obra gráfica que ha expuesto en medio mundo, desde Roma a Miami, pasando por París o Nueva York. Porque los viajes internacionales han sido una constante en la vida del artista, parte fundamental de su formación



CLASICISMO El artista en la zona más privada de su tienda, donde recibe a clientes y amigos.



TRAMPANTOJO
La obra de Goitia juega en las paredes a prolongar los espacios.



SEDA
Hechos en Italia, sus pañuelos reproducen los temas y el colorido del artista.



FORNASETTI
La porcelana, está elaborada por los mismos artesanos del diseñador italiano.



OBRA GRÁFICA
También están disponibles acrílicos del artista en pequeño formato.



ILUMINACIÓN
Las pantallas para lámpara tamizan la luz creando ambientes sofisticados.







DANDI. Su estilo recuerda a los caballeros ingleses del S. XIX. A la dcha., uno de sus bolsos, con una jirafa en el Panteón de Roma y el libro que diseñó y editó íntegramente sobre su obra.

desde niño. Los viajes familiares que hacía en coche con sus padres y hermanos en la década de los 70, principalmente por Francia e Italia, fueron simiente que daría forma a todo el imaginario del creador. "Frente al David de Miguel Ángel, en los templos de Paestum, o fascinado en la Loggia dei Lanzi ante las esculturas de Giambologna; yo absorbía todo lo que mi padre nos contaba sobre historia, política, ideologías o religión. No solamente me interesaba la estética, sino todo el contenido. Al final lo que queda de las civilizaciones es el arte", remarca.

Aquel niño que con tres o cuatro años copiaba los dibujos de Disney empezaba a esbozar lo que sería su universo particular, "recuerdo que dibujaba fatal al pato Donald y otros personajes –dice sonriendo–, aunque estaba convencido de estaban perfectamente hechos. Hasta que mi madre me lanzó el primer desafío, dejar de copiar e inventar mi propio mundo", recuerda. Aquella invitación a crear, más que a reproducir, sembró una inseguridad fértil. "Copiar es fácil; inventar es otra cosa. Y en ese salto incierto empezó todo".

La adolescencia fue, en sus palabras, "una carrera de obstáculos". No le gustaba nada lo que aprendía en el colegio, "especialmente las matemáticas, física, química…", hasta ingresar en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad del País Vasco, donde tuvo la sensación de haber encontrado su sitio, "se me abrió el mundo, por fin podía ser yo y estar con la gente que quería estar. Dedicarme a crear lo que me gustaba", evoca. Después vendría Florencia, Inglaterra o La Habana, donde completó sus estudios con diversos cursos, hasta llegar a doctorarse en Historia del Arte.

VENTANAS MONUMENTALES. En el universo de Goitia la escala no es un capricho, es una declaración de intenciones. Sus lienzos, casi siempre de gran formato, funcionan como un decorado teatral abierto, "tienen ese punto escenográfico, donde el espectador casi se pueda meter en la obra. Un trampantojo, ventanas monumentales donde el observador puede entrar, perderse y dejarse envolver". Pero también es clave su enlace con la tradición barroca que nos traslada la idea de poder, propaganda y representación, donde el artista introduce a personajes sacados de contexto que nos hablan sobre la naturaleza y la relación del ser humano con ella, problemas sociales como la emigración, la influencia de las tradiciones locales. Todo pasado por su "coctelera personal", en la que el artista desarrolla sus "ideas y proyecciones, cosas que quieres contar", que plasma en sus acrílicos sobre lienzo.

Ese eclecticismo de este artista polímata ha servido de inspiración también en las exposiciones comisariadas, concebidas como experiencias inmersivas donde el espacio se transforma al servicio de la propia muestra, como la que realizó en la Biblioteca Nacional hace dos años sobre los españoles que realizaron el *Grand Tour*, el viaje iniciático que hacían los aristócratas europeos en el siglo XVIII en busca de las fuentes del clasicismo.

Todo este bagaje de Ignacio Goitia se proyecta en su nueva tienda madrileña –abrió una primera en su Bilbao natal, calle del Doctor Achúcarro 1–, que también le está sirviendo de "máster de la vida", bromea, a la hora de tratar con proveedores, fabricantes y distribuidores. "La mayor parte de la producción textil se realiza en Italia, en la zona del lago de Como, donde hacemos los pañuelos de seda, que podemos encontrar desde los *pochettes*, de 50 x 50 centímetros, desde 80 euros, que muchos comparan con los de Hermès, aunque a precios mucho más accesibles, o los fulares de *cashmere*, lana y seda, los más vendidos, son unos 290 euros. O la porcelana, entre 100 y 300 euros, elaborada por el mismo fabricante de Fornasetti", explica, "no son precios tirados, pero tampoco prohibitivos", explica.

Mientras busca nuevos proveedores en España y Portugal, apunta a sus nuevos proyectos, como el mundo de la decoración. Se acaba de inaugurar el restaurante Goicolea, en el barrio de Almagro, decorado íntegramente con papeles suyos. ¿Hacia dónde evolucionará como artista? "Me encantaría hacer los decorados de óperas o zarzuelas, tengo una amiga que es escenógrafa en el Teatro La Zarzuela y no me importaría explorar ese mundo; pero no tengo ni idea. Dejo a la vida que fluya", explica desde su nuevo espacio, donde arte y artesanía de lujo aprenden a convivir.

Más información: ignaciogoitia.com